

El legado genocida de Biden no será olvidado

NORMAN SOLOMON :: 13/01/2025

Así como Biden se negó a reconocer la limpieza étnica y el asesinato en masa que hizo posibles en Gaza, los demócratas cooperaron con el silencio u otros tipos de evasión

Cuando se conoció la noticia durante el fin de semana de que Biden acababa de aprobar un acuerdo de 8.000 millones de dólares para enviar armas a Israel, un funcionario anónimo prometió que «continuaremos proporcionando las capacidades necesarias para la defensa de Israel». Tras los informes del mes pasado de Amnistía Internacional y Human Rights Watch que concluían que las acciones israelíes en Gaza eran genocidio (chocolate por la noticia), la decisión de Biden fue un nuevo mínimo para su presidencia.

Es lógico centrarse en Biden como individuo y en sus mandantes. Sus decisiones de seguir enviando enormes cantidades de armamento a Israel han sido cruciales y calamitosas. Pero el genocidio presidencial y la aquiescencia activa de la gran mayoría del Congreso son igualados por los medios de comunicación dominantes y la política general de los EEUU.

Cuarenta días después de que comenzara la guerra de Gaza, Anne Boyer anunció su renuncia como editora de poesía de la revista *The New York Times*. Más de un año después, su declaración ilumina por qué la credibilidad moral de tantas instituciones liberales se ha derrumbado a raíz de la destrucción de Gaza.

Si bien Boyer denunció «la guerra del estado israelí respaldada por EEUU contra el pueblo de Gaza», optó enfáticamente por desvincularse de la principal organización de noticias liberal del país: «No puedo escribir sobre poesía en medio de los tonos 'razonables' de aquellos que pretenden aclimatarnos a este sufrimiento irracional. Se acabaron los eufemismos macabros. Se acabaron los infiernos asépticos verbalmente. Se acabaron las mentiras belicistas».

El proceso de aclimatación pronto se convirtió en rutina. Fue instigado de manera más crucial por Biden y su camarilla, quienes estaban especialmente motivados para fingir que el anciano decrepito realmente no estaba haciendo lo que realmente estaba haciendo.

Para los periodistas tradicionales, el proceso requirió la suspensión voluntaria de la creencia en un estándar consistente de lenguaje y humanidad. Cuando Boyer comprendió agudamente la nefasta importancia de su cobertura de Gaza, se retiró del «periódico de referencia».

El análisis de contenido de las primeras seis semanas de la guerra encontró que la cobertura del *New York Times*, el *Washington Post* y *Los Angeles Times* tenía un sesgo marcadamente deshumanizante hacia los palestinos. Los tres periódicos «enfaticaron desproporcionadamente las muertes israelíes en el conflicto» y «utilizaron un lenguaje emotivo para describir los asesinatos de israelíes, pero no de palestinos», según un estudio de *The Intercept*.

«El término 'masacre' fue utilizado por editores y reporteros para describir la matanza de israelíes con respecto a palestinos 60 a 1, y 'masacre' fue utilizado 125 a 2. 'Horrible' se usó 36 a 4».

Después de un año de la guerra de Gaza, el historiador árabe-estadounidense Rashid Khalidi dijo: «Mi objeción a los órganos de opinión como el *New York Times* es que ven absolutamente todo desde una perspectiva israelí. ' ¿Cómo afecta a Israel, cómo lo ven los israelíes? Israel está en el centro de su visión del mundo, y eso es cierto para nuestras élites en general, en todo Occidente. Los israelíes han permitido muy astutamente, al impedir el reportaje directo desde Gaza, esa perspectiva israelocéntrica».

Khalidi resumió: «Los principales medios de comunicación están tan ciegos como siempre lo estuvieron, tan dispuestos a ser cómplices de cualquier monstruosa mentira israelí, a actuar como taquígrafos del poder, repitiendo lo que se dice en Washington».

El clima mediático conformista allanó el camino para que Biden y sus prominentes acólitos racionalizadores se libranan y dieran forma a la narrativa, disfrazando la complicidad como una política imparcial. Mientras tanto, los EEUU enviaba poderosos refuerzos de armas y municiones al régimen de Netanyahu.

Casi la mitad de los palestinos que mataron eran niños. Para esos niños y sus familias, el camino al infierno estaba empedrado con un buen doble pensamiento. Así, por ejemplo, mientras continuaban los horrores de Gaza, ningún periodista confrontaría a Biden con lo que había dicho en el momento del tiroteo en la escuela de Uvalde, Texas, ampliamente criticado, cuando el presidente había salido rápidamente por televisión en directo. «Hay padres que nunca volverán a ver a su hijo», dijo, y añadió: «Perder a un hijo es como si te arrancaran un pedazo de tu alma. Es un sentimiento compartido por los hermanos, los abuelos, sus familiares y la comunidad que queda atrás». Y preguntó lastimeramente: «¿Por qué estamos dispuestos a vivir con esta carnicería? ¿Por qué seguimos permitiendo que esto suceda?»

La masacre de Uvalde mató a 19 niños. La masacre diaria en Gaza se ha cobrado la vida de cientos de niños palestinos en cuestión de horas.

Así como Biden se negó a reconocer la limpieza étnica y el asesinato en masa que siguió haciendo posibles, los demócratas en su órbita cooperaron con el silencio u otros tipos de evasión. Una maniobra de larga data equivale a marcar la casilla de un tópico requerido al afirmar el apoyo a una «solución de dos estados».

Dominando el Capitolio, un precepto tácito ha sostenido que el pueblo palestino es prescindible como una cuestión política práctica. Los líderes del partido como el senador Chuck Schumer y el representante Hakeem Jeffries no hicieron prácticamente nada para indicar lo contrario. Tampoco se esforzaron por defender a los demócratas titulares de la Cámara de Representantes, Jamaal Bowman y Cori Bush, derrotados en las primarias de verano con un diluvio sin precedentes de campañas publicitarias multimillonarias financiadas por AIPAC y donantes republicanos.

El entorno general de los medios de comunicación fue un poco más variado, pero no menos

letal para los civiles palestinos. Durante sus primeros meses, la guerra de Gaza recibió una gran cantidad de cobertura de los principales medios de comunicación, que se redujo con el tiempo; Los efectos fueron, en gran medida, normalizar la matanza continua. Existieron algunos reportajes excepcionales sobre el sufrimiento, pero el periodismo fue adquiriendo poco a poco un ambiente mediático similar al ruido de fondo, al tiempo que promocionaba crédulamente los ridículos esfuerzos de alto el fuego de Biden como misiones valiosas.

El primer ministro del régimen, Benjamín Netanyahu, fue objeto de crecientes críticas. Pero la cobertura mediática y la retórica política predominantes de EEUU --que no estaban dispuestos a exponer la misión israelí de destruir a los palestinos en masa-- rara vez iban más allá de retratar a los líderes de Israel como insuficientemente preocupados por proteger a los civiles palestinos.

En lugar de franqueza sobre verdades horribles, los cuentos habituales de los medios de comunicación y la política de EEUU han ofrecido eufemismos y evasivas.

Cuando dimitió como editora de poesía del *New York Times Magazine* a mediados de noviembre de 2023, Anne Boyer condenó lo que llamó «una guerra en curso contra el pueblo de Palestina, un pueblo que ha resistido durante décadas de ocupación, desplazamiento forzado, privación, vigilancia, asedio, encarcelamiento, tortura y asesinato». Otro poeta, William Stafford, escribió hace décadas:

*Lo llamo cruel y tal vez la raíz de toda crueldad:
saber lo que ocurre, pero no reconocer el hecho.*

theleftchapter.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-legado-genocida-de-biden>